

Lo que no
vuelve



LO QUE NO VUELVE
MARIANO TOMASOVIC



PLA//ON & BARTLEBOOM

PRIMERA EDICIÓN: septiembre de 2025

© del texto, Mariano Tomasovic, 2025

© Plasson e Bartleboom, S.L., 2025

Calle Aldea del Fresno 29, 6ºD

28045 Madrid

ISBN: 978-84-10483-24-8

DEPÓSITO LEGAL: M-15103-2025

CÓDIGO BIC: FA

DISEÑO DE COLECCIÓN: Daniel Mira

IMAGEN DE CUBIERTA: Maxi Magnano

MAQUETACIÓN: María O'Shea

CORRECCIÓN: Daniela Forero y Pedro J. Plaza

IMPRESIÓN: Kadmos

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones tratados con los más altos estándares de sostenibilidad, lo que garantiza una gestión de los recursos responsable con el medio ambiente y las personas.

IMPRESO EN ESPAÑA - PRINTED IN SPAIN

como un poema enterado
del silencio de las cosas
hablas para no verme

ALEJANDRA PIZARNIK

You talk to me
As if from a distance
And I reply
With impressions chosen from
Another time, time, time

BRIAN ENO

Índice

I. UN MUNDO SIN MILAGROS	9
II. HURGAR LA TIERRA	109

I. UN MUNDO SIN MILAGROS

QUIZÁ LA FICCIÓN aún pueda salvarnos del desamparo. Solo debemos respetar sus tiempos, su prosodia.

Todo lo que nace en estos parques, entre mendigos durmiendo y otros trotando, tiene su razón de ser. En septiembre, por ejemplo, florecen los lapachos, rosados y agitados, atravesando las rejas de plazas y embajadas. En octubre es la vez del ceibo, flor que sangra y chorroa. En noviembre surge la más trillada, la más inoportuna: la flor altiva de los delgados jacarandás, insinuándose sobre las avenidas. Ensucian las veredas de violeta, se pegan a los zapatos, tapan alcantarillas. Eso ahora, bajo la tormenta. Si el mundo no termina hoy con este diluvio, llegarán disimuladamente las cálidas tipas de diciembre, surtiendo un efecto no muy distinto.

Este plan floreado lo concibió el paisajista Carlos Thays, hace ya más de un siglo. Y su obra se sigue repitiendo. La arboleda de color despunta, se abre buscando compañía. Las ramas del árbol de una vereda se extienden por las alturas hasta tocar las ramas del árbol de la vereda opuesta, sobre nuestra cabeza, como si fuesen las manos de dos tímidos amantes adolescentes en primavera. Es cierto que estos árboles se preservan más que nada en zonas de alcornia, en los barrios antiguos, en parque Lezama

o por los bosques de Palermo, pero también en otras calles y avenidas que se entrecruzan como los cuadrados perfectos de un viejo tablero de ajedrez y, a la par del sinfín de medianeras, le brindan a Buenos Aires ese aspecto tan característico de *belle époque* consumida por la humedad subtropical, la indigencia y la contaminación.

Estas flores sin perfume, que caen pasados unos días transformándose en un lago inmenso donde se nos hundan los pies, no se adelantan a su estación. Jamás le roban tiempo al futuro. En un país como este, eso es algo muy respetable. Aunque cada una de estas ramas, mucho antes siquiera de florecer, ya empieza a verse distinta, como si mantuviera la forma, pero hubiera cambiado de esencia. No sé si Carlos Thays consideró este fenómeno a la hora de esbozar los paisajes de la ciudad, o si el cambio climático potencia esta sensación. Para mí es como la vida misma: antes de la transformación, la arboleda parece estar ya en otro momento, parece de algún modo haber incorporado la realidad venidera. No me atrevería a llamarlo presentimiento, aunque sí se presente el brote en el tallo primaveral.

¿Se puede notar un cambio en la esencia, si la forma continúa intacta? Los pocos pétalos colgados de los árboles y aquellos que ya cubrían la cuadra no brillaban, estaban opacos y mojados, y cuando entré en mi departamento a oscuras, empapado, chorrando agua por cada vértice de mi cuerpo, me pareció sentir eso, me pareció reconocer algo que todavía no era, pero que ya existía. O quizá sí era y yo aún no lo sabía, pero lo intuía. Solo que me encontraba tan cansado que no pude o quise darle atención. Me saqué la campera, recalenté un indescifrable plato de comida congelada, miré un poco de tele en el celular y me desplomé en la cama. Contra el vidrio de la ventana golpeaban gotas gordas y perdidas, y eso era hasta cierto punto relajante.

Así vienen siendo casi todos los días de mi último año, sobre todo los del invierno pasado, y los de esta primavera también. Un letargo llano e inmenso, punzado de vez en cuando por alguna que otra inquietud. Deposito mi fe en una invención, como Carlos Thays a principios del siglo pasado, decorando la ciudad gris y lejana con pétalos de distintos colores que ahora se marchitan bajo mis pies.

Si me lo propongo, puedo dormir desde que me acuesto hasta que suena el despertador, a las siete y treinta y seis de la mañana. Por lo demás, el barrio es tranquilo y las noches silenciosas. Aunque no duermo tranquilo, duermo cansado.

Mi celular está configurado para no sonar durante la noche, a no ser que reciba tres llamadas consecutivas del mismo número. En ese caso, asume que es una emergencia y estalla desarmando la madrugada en pitidos y vibraciones. Así me desperté: con el telefonito chillando en la mesita de luz, sin luz, salvo por el resplandor de la pantalla desparramado sobre el techo. Me senté en la cama e intenté leer el número que me llamaba, pero el aparato no lograba ubicarlo. Eran las cuatro y cuarto, miré la hora antes de atender.

Reconocí enseguida la voz del otro lado, y por la circunstancia, por el ritmo quebrado de sus palabras, por la posición de las agujas del reloj en la repisa, adiviné lo que tenía para decir. Y me lo dijo, y yo la escuché, callado y atónito, quizá no atónito, más bien lejos aún de un real estado de vigilia. Ella siguió hablando, entre suspiros, sin esperar mi intervención.

—Me imagino cómo estarán en tu casa... Lo siento mucho.

Le pregunté cuándo había sucedido. Ella tardó en contestar. Me descubrí a mí mismo de pie, dando pequeños pasos por la habitación oscura. Algo que hago cuando hablo por teléfono: desaparezco durante la duración de la llamada y vuelvo a mí más tarde, cuando corto, en un lugar extraño, sin rumbo y medio perdido. Estaba en mi cuarto, que es también mi living, cocina y comedor, escuchando una voz que hacía más de un año que no escuchaba, diciéndome que alguien había muerto. Una voz que se desarticulaba con cada palabra enunciada.

—Has sido la primera persona a la que quise avisar.

—Te lo agradezco.

Hablamos un rato más, aunque la llamada no tuvo un final natural. Cuando corté, me quedé mirando la lluvia desde la ventana. Una luz anaranjada, medio espectral, se filtraba por las ramas de los jacarandás desde el alumbrado de la calle, culminando en manchas luminosas a los pies de la cama y sobre el suelo de la habitación. Me entreví en el reflejo, sobre los relevos de aquel paisaje feo, yo también medio espectral. Cómo explicarlo, ya esperaba esa llamada. Hoy, o mejor, ayer, cuando volvía huyendo del temporal, evitando la lluvia, los charcos, las olas que levantaban los colectivos al pasar, algo en mí sabía que estaba a punto de recibir la noticia. Salvo por la sorpresa de mi intuición, no me espantó tomar conciencia de que no estaba sintiendo nada más. Es raro cómo ocurre tantas veces en la vida, que nos vemos en la posición de obligar el cuerpo a sentir. A emocionarse, a sufrir. Por un segundo, tuve envidia de la voz de Felicitas, resquebrajada por el dolor. Milagros había muerto.

Me tiré de nuevo en la cama, puse nada más que los pies debajo de la sábana y de la frazada, y me quedé mirando el techo en la penumbra. Después volví a agarrar el celular y busqué el registro de la llamada. Cuando mis ojos superaron la claridad

del rectángulo luminoso, descubrí que, aunque no identificara el contacto, el número provenía de España. Allí sería la mañana, Felicitas no habría considerado la diferencia horaria. O quizá sí la consideró y no le importó. Milagros había muerto. Casi por instinto, como quien estira las manos contra el suelo en el momento antes de caer, busqué fotos de ella, sus dibujos, registros de su voz. Quería verla y escucharla, como si, de no hacerlo enseguida, ahí sí desaparecería para siempre. Pero Milagros ya no estaba, me lo acababa de decir su hermana por teléfono, y ni un mensaje de voz, ni la foto de un dibujito en una servilleta, ni siquiera un retrato de baja resolución podrían extender su presencia en este planeta.

Borré todos nuestros audios hace tiempo, tiré también sus ilustraciones, eliminé las fotos al cambiar de celular. Qué idiota, recuerdo en ese mismo instante haber pensado eso: si muere, no la volveré a escuchar. Su voz aterciopelada y profunda, como el aleteo de un ave o la cáscara de un durazno maduro. Lo vuelvo a pensar ahora, con un poco más de distancia, menos dolor, aunque más remordimiento: no la volveré a escuchar. Qué idiota.

Milagros Baum fue mi compañera de clase, desde *kindergarten* hasta cuarto grado, pero en ese entonces no nos hablábamos, o mejor, solo ella me hablaba a mí. Éramos casi vecinos. Esperábamos el transporte escolar en la misma esquina para ir al colegio alemán, mientras nuestras madres mantenían quisquillosas charlas en algo que parecía ser otro idioma y mi hermano, esperando el mismo transporte, pero a una distancia prudente, fingía que no nos conocía. En aquel tiempo y a esa edad, a mis ocho, nueve años, los varones no podían ser amigos de las chicas,

y mientras nuestras madres charlaban, y Milagros me describía episodios enteros de *Sailor Moon* y de otras animaciones niponas de color rosado, yo suplicaba por la llegada de la combi para poder escapar de todo. Adentro ya estarían mis amigos y yo me sentaría con ellos y Milagros se iría a lo suyo. No recuerdo cuál era la duración del viaje, pero sé que me daba tiempo para discutir asuntos urgentes con mis compañeros, resolver tareas de Alemán o Matemática, hacer algún chiste, cambiar figuritas o comentar los resúmenes de *Fútbol de Primera*, algo que a mí nunca me interesó, pero que seguía apenas para no sentirme excluido, y porque a mi padre también le entusiasmaba y así teníamos algo que compartir. En el tiempo en que yo fui niño los padres eran figuras distantes, y eran los niños los que debían moverse por las penumbras del libre albedrío de la infancia para llegar a su afecto.

Como muchos de mis compañeros, Milagros Baum tenía ascendencia alemana, pero fue a España que su familia decidió emigrar, inmediatamente después de la crisis del 2001. La madre de Milagros era hija de gallegos, y habían conseguido esa nacionalidad, me contó ella muchos años después, cuando le pregunté por qué España y no Alemania. Además, ninguno de sus papás hablaba alemán, tampoco Felicitas, que había entrado hacía muy poco al colegio y no sabía decir más que *Ich bin, Frau Mariel, ja, brot, bitte, danke schön y auf Wiedersehen*.

Aunque desde que tengo memoria digo que el alemán escolar ha sido más un método de tortura liviana que otra cosa, debo admitir que fue decisivo para conseguir trabajo como guía de turismo en el centro. Me gano la vida pateando las mismas calles de siempre y contando las mismas anécdotas de siempre, solo que en dos o tres idiomas distintos. Los estudiantes de Letras devienen en excelentes guías de turismo, esa es una verdad innegable. Mucho más los que estudiaron alemán.